
fidelidad o el viento que sopla en la pierna bien alzada*

richard kernaghan

Unas palabras para ubicar el texto que sigue a continuación. Este se refiere a hechos que ocurrieron en el Alto Huallaga a mediados de los noventa, poco después de que el Estado peruano comenzara a recuperar su hegemonía sobre el valle montañoso donde Sendero Luminoso y el comercio de la droga habían establecido su hogar. Este ensayo se ubica, por lo tanto, en un periodo intermedio entre la guerra desenfadada y la paz: un momento en que el poder imperante exigía muestras expresas de lealtad por parte de los que pueblan el Alto Huallaga –como condición de su sometimiento a una situación de legalidad– a la vez que la misma población se apresuraba a mostrar su acuerdo.

He escogido tratar el tema del retorno del Estado peruano al valle y el del valle al Estado peruano a través de una reflexión sobre desfiles escolares y la manera en que las lógicas internas de estos actos cívicos se repitieron hasta el hastío. Mis reflexiones son producto de una serie de recorridos que realicé y de estadías que tuve a lo largo del tramo Tulumayo-Campanilla de la Carretera Marginal entre 1995 y el 2000. El material de este ensayo lo recopilé mayormente en el pueblo de Aucayacu y los caseríos aledaños, pero puedo afirmar que el fenómeno del retorno de los desfiles en otros pueblos del valle, como Tocache, Uchiza o Nuevo Progreso, no dista mucho, en líneas generales, de lo que sucedió en la zona de Aucayacu. No obstante, cada sitio guarda obviamente sus historias particulares y diferentes. Mi intención ha

* El material presentado en este ensayo es parte de un trabajo de investigación que se hizo posible gracias al apoyo del Social Science Research Council/American Council of Learned Societies (IDRF), la Wenner-Gren Foundation for Anthropological Research (Dissertation Research Fellowship) y el Institute of Latin American and Iberian Studies de Columbia University, New York (Summer Research Grant). Una versión preliminar fue presentada en el Instituto de Estudios Peruanos, en abril de 1999. Debo un agradecimiento especial a Gonzalo Portocarrero por su interés en mi investigación y por haberme invitado a participar en esta publicación.

sido no tanto explicar como explorar, transmitir y, por qué no, saborear un poco el gusto de los desfiles tal como yo los experimenté durante la temporada que pasé en el Alto Huallaga, donde a los conflictos sociopolíticos se les imponía la moral, y donde circulaba la idea de que la resistencia a esta imposición solo se resolvía haciendo del cuerpo algo rígido y haciendo marchar a la gente.

Los símbolos y actos patrióticos tienen su ciclo de vida. Pensemos en la formidable parada militar del año 93 —cuando por la avenida Brasil desfilaron las brigadas de ronderos y hasta los arrepentidos— y luego en la parada del mes de julio del 2000, celebrada a puertas cerradas en el Pentagonito. Resulta una banalidad decir que los actos cívicos reflejan el contexto político del país. Obviamente el desfile en tiempo de paz no es el mismo que en tiempo de guerra. O más aún de posguerra, cuando la victoria está todavía por consolidarse y las fronteras internas de ayer se redefinen hoy con el enemigo que desfila para convertirse en el amigo o sujeto leal que es y siempre ha sido. La misma forma simbólica alcanza distintos niveles de intensidad, aunque conserve la misma apariencia, aunque aparente ser la misma cosa.

No está de más mencionar algo sobre el estilo de este ensayo. El texto está escrito en un lenguaje del aquí y el ahora del año 1998, con el fin de reflejar el clima social del Alto Huallaga en ese momento. El ensayo muestra una preferencia decidida por la expresión sobre la explicación; tiende a las observaciones fugaces más que a un análisis acabado. En este sentido, traza varios elementos sin detenerse en ninguno por mucho tiempo, siempre con la esperanza de volver luego y darle un nuevo giro.

¿Menosprecio de la explicación? No tanto así; solo que ya no creo en su promesa de agotar lo que interpreta. En vez de quitar un velo que encubre el fenómeno, la explicación suele agregar otra capa o estrato a lo que aspira comprender. Y en el caso específico de los ritos estatales, que por naturaleza tienden a detener el pensamiento, optar por un lenguaje científico —que por ende se interpreta como sinónimo de objetividad, y que como escritura reproduce una estética que confía demasiado en la transparencia de su forma— solo magnificaría la solemnidad represiva que es intrínseca a los desfiles, tendiendo a suprimir aspectos expresivos que son esencia del fenómeno.

No explicar sino explorar, transmitir, saborear; esta idea que tomo prestada de Walter Benjamin es el método, si se quiere, que hoy empleo aunque sea hasta encontrar algo mejor.

7 de junio de 1998: la bandera... otra vez

Sendero les quitó su día. La Carretera Marginal amaneció con banderas, no las bicolors que suelen salir por fuerza en todo el país; fueron las otras, las rojas con hoz y martillo. Qué raro, ¡el desfile del Día de la Bandera sin el ejército! Pues no llegaron, y, según se dice, los soldados se quedaron todo el día bajando esos trapos usurpadores. Otra versión cuenta que temían salir de su base sin dejar un resguardo fuerte, por eso no se presentaron para desfilar. (La única presencia del ejército fue más bien teatral: unos niños vestidos de comando, al estilo Rambo, portando ametralladoras plásticas y con las caras pintadas, sacaban pecho por su jardín de la infancia). Sea cual fuere la razón, hoy día les ganaron los tíos. En vez de izar su

propia bandera, se dedicaron a bajar la del enemigo. Sendero les quitó presencia, les quitó el día.

Es curioso; acá la situación pareciera entrar en una nueva época, una época incierta, podría decirse intermedia, de la cual un año antes solo se comenzaban a percatar los más perspicaces. Los demás hablaban de una pronta llegada de la paz. Me acuerdo: era justo para las Fiestas Patrias que vinieron los comandos, «los mismos que habían rescatado a los rehenes en la residencia japonesa», me dijo un amigo comerciante, y esos hombres fornidos, armados hasta los dientes «iban a terminar de una vez con el terrorismo». Ese año había mucha esperanza de un cambio sustancial. Ya no estaban las firmas en Aucayacu, a todas vistas la droga se había desplazado definitivamente a Pucallpa, a la frontera con Colombia (bien grande es la frontera, pero nunca me pudieron precisar a qué parte exactamente se habían ido) y los que no fugaron se encontraban en la cárcel. Entonces, como solo quedaba la guerrilla, fue una mera cuestión de tiempo que el ejército lograra la pacificación absoluta. Bueno, eso fue antes, cuando muchos decían que se avecinaba el día en que no iba a reinar más el miedo. Y un año después, ¿qué pasaba? Había temor de andar por la carretera después del atardecer. La gente tenía muy presente que ellos podían salir en cualquier momento. La gente tenía muy presente también que el ejército no estaba haciendo nada. No salía de su base, casi no hacía patrullaje. Bien quedados estaban, no como antes. Extraño... como si hubieran dejado de tomar en serio la situación o prefirieran manejar las apariencias para así fingir que aquí no pasaba nada.

El viento hecho visible

Quiero contemplar ese forcejeo entre banderas, esa obsesión por los símbolos o representaciones mayúsculas y esta situación particular en la que fuerzas antagónicas no llegan a enfrentarse cara a cara sino que más bien se miden a través de la puesta de tejidos alusivos. Trato este tema porque así era la situación, la que se había vuelto cotidiana en el Alto Huallaga, el lugar donde hace poco me encontraba viviendo y trabajando.

Cosa extraña una bandera, un mero retazo de tela capaz de generar tanta emoción. Aunque a secas podríamos decir que tiene la función de mediatizar, representar algo no presente, o por lo menos no inmediatamente perceptible. Sin embargo, siempre se va confundiendo con la cosa que simboliza, sea esta un territorio, un pueblo o un Estado. Y por culpa de esta confusión se puede llegar a los golpes.

Elías Canetti decía de las banderas que «son el viento hecho evidente». Es decir, el viento hecho visible. «Son como trozos cortados de nubes, pero más cercanos y coloreados, que son amarrados y dotados de forma permanente. Su movimiento conmueve. Las naciones se valen de las banderas para señalar como propio el aire que está sobre ellas, como si fuese posible dividir el viento».

Las banderas nacionales parecen exigir un trato especial y, según el país, se estipulan actitudes y comportamientos muy precisos en cuanto a su empleo. Si estuviéramos hablando de religión, la bandera nacional tendría todas las características de un objeto sagrado.

Pero no quiero alejarme de esta imagen que trae Canetti: el viento hecho visible, o sea, la manifestación de algo que no se ve directamente, pero se siente en sus repercusiones; es decir, se ven sus efectos sobre otras cosas: en el polvo que levanta, en las hojas secas que hace correr o, si se quiere, en el movimiento impecable de una bandera. Viento, tan cercano a todo lo que sopla: el aliento, incluso el espíritu... alma y respiración se confunden. Pero las banderas no solo hacen visible al viento; en algunas regiones hasta las creen capaces de hacer que el estado espiritual de las personas se haga palpable, como en las lágrimas devotas que en situaciones muy especiales inundan los ojos, o en el orgullo expreso de unas piernas alzadas bien alto.

El sol que desfila

El sol, siempre el mismo sol, el mismo bochorno y el cemento, puro cemento por todos lados y yo, incendiándome. ¿Cómo aguantar? No te desmayes ¿cuántos antes de ti sabían no desmayarse? «Los verdaderos» sí saben resistir.

El 28 se despliega la gente, es decir, la gente organizada que por orgullo o por obligación —es bien difícil distinguir el uno de la otra— hace presencia, mostrándose al día con la patria y más inmediatamente con las autoridades. Pero como alguien dijo por acá: «La vida hay que saberla vivir». La vida hay que saberla vivir y aquí estamos bajo el sol agobiante, viendo pasar a la gente porque eso es lo que se hace el 28 en este pueblo como en tantos otros del país.

¡Y cómo desfilan! Están los clubes de madres que vienen y vienen como una masa compacta sin fin, cada uno liderado por una mujer que luce traje verde muy ejecutivo. Pasan también los comités de desarrollo municipal y luego los integrantes del vaso de leche portando viseras de Vamos Vecino y mucha criatura en los brazos. Las autoridades políticas de los caseríos, trabajadores municipales y de salud, el gremio de carniceros y, a paso muy suave, les sigue una comunidad entera de arrepentidos. Como un tren que no termina nunca, y pensar que todavía no han comenzado a entrar los colegios.

Allá va la voz enlatada del maestro de ceremonias: «Todavía somos un país subdesarrollado buscando la unión». Buscar la unión es una tarea de todos los días. El espectro del atraso surge y surge, hay que recobrar el paso a como dé lugar.

Un señor bien huasca de no sé qué caserío saca tanto pecho con ese paso de robot que el buzo se le cae en pleno desfile. Hay que ser patriótico, no ridículo, y ten cuidado porque lo uno se roza con lo otro. Recuerden: para el desfile, hay un público. Este da su juicio y nadie está a salvo.

Historias y banderas

Me imagino que este espectáculo de Fiestas Patrias no dista mucho de lo que sucede en muchas provincias del resto del Perú. Pero acá, en Aucayacu, el desfile tiene una historia muy particular. Antes de los ochenta, como me contó un profesor, no se realizaban los desfiles, pues había muy poca presen-

cia del Estado pese a la existencia de instituciones como la Municipalidad, la Gobernación, la Guardia Civil (con un puesto muy reducido) y el Juzgado de Paz. Sin embargo, desde mediados de los setenta el acelerado desarrollo del comercio de la droga despertó la atención del gobierno militar de Morales Bermúdez. En 1978 se llevó a cabo el Operativo Verde Mar II para erradicar la coca. Llegaron los sinchis a la zona. Cuando Belaúnde regresó al poder se formó la UMOPAR (o Unidad Motorizada de Patrullaje Rural) y comenzó una represión abierta contra los coccaleros. En respuesta, los coccaleros organizaron una huelga ese año o al año siguiente. Y según una de las teorías, el comité de huelguistas vio en Sendero —que en este momento tenía una presencia fuerte en Ayacucho— la solución a sus problemas. Supuestamente, un grupo de huelguistas viajó a Ayacucho para traer a Sendero a la zona. Poco después vino un comité del partido integrado por dos asesores extranjeros, un gringo y una gringa. Durante una manifestación se produjo un enfrentamiento entre los coccaleros y las fuerzas policiales. Los huelguistas llevaban una bandera peruana y marcharon hasta llegar a la altura del puente del río Sangapilla donde había un cordón de policías impidiendo su avance. La UMOPAR abrió fuego contra los manifestantes, les quitó la bandera y la quemó.

El 81 y el 82 recién comenzaron a preparar a los alumnos de secundaria para el desfile. Durante este periodo, Sendero se organizaba en los caseríos del valle, aunque todavía no efectuaba ninguna acción en las zonas urbanas. Para el 83 se había acentuado el ensayo del desfile en Aucayacu; a la misma vez se notaban las primeras manifestaciones de Sendero: la puesta de banderas rojas.

Un día de junio del 83, la Plaza de Armas amaneció con una bandera roja en el asta. Un chico del Colegio Nacional Inca Huiracocha la bajó y la llevó a la escuela. Pensó que era una broma.

Al comenzar el año 84, Sendero hizo su primera incursión en el pueblo. Después del segundo ataque en el mes de agosto, que a juzgar por lo que me cuentan fue bastante sangriento, llegaron el ejército y la marina «con un despliegue bárbaro» y desde Aucayacu organizaron su actividad en todo el valle. Como uno de sus primeros actos, el ejército impuso los desfiles cada domingo. Se hizo un calendario, pues hasta ese entonces los desfiles se habían realizado solo para Fiestas Patrias. No obstante, pronto la iniciativa de los desfiles se deshizo porque Sendero se hizo más fuerte, hasta que logró un control efectivo del pueblo. El comité urbano senderista de milicias —o las Urbanas— prohibía los desfiles y el ejército dejó de convocar concursos. Se dio «una psicosis hacia el desfile» y llegó el momento en que ya no se realizó desfile alguno.

Ocho de junio de 1989: Sendero mata al alcalde. No fue el primer alcalde en morir, pero un día antes había besado la bandera en una ceremonia en la Plaza de Armas. La gente que lo vio dijo «ese es hombre muerto», y así fue.

No fue hasta el año 90 que el ejército logró recuperar el pueblo. Empezó una represión masiva en la que los soldados entraban casa por casa para arrestar gente. El año siguiente ya no estaban las Urbanas y paulatinamente se volvió a hacer los izamientos todos los domingos. Sin embargo, fue en el 92 cuando los desfiles comenzaron a tomar cuerpo con el arribo de un nuevo comandante militar, recordado hasta hoy por todo el pueblo de Aucayacu: el capitán Esparza. Una figura muy controvertida la de ese capitán. Algunos

dicen que «él impuso orden acá». Otros dicen que empleaba «una táctica sabia: se hizo amigo de la gente». No se quedaba en su base; más bien salía a saludar al pueblo. Mandó a que se limpiara y se pintara la Plaza de Armas. Y según los que hasta ahora le guardan afecto «él mató a los verdaderos». Pero también lo recuerdan por sus tácticas severas. Detenía gente para hacerla andar en camioneta, encapuchados con pasamontañas. Marcaban a la gente. «Tenías que decir "este es". Pasaba la camioneta y tú veías a la persona con pasamontañas, pero tú no sabías quién era».

El hecho es que Esparza impuso los izamientos dominicales «con más fuerza». Mandó un oficio a todas las organizaciones obligándolas a desfilar y los que no desfilaban eran considerados terroristas. En el 92 «desfilaron todos, hasta los perros».

Desde entonces hasta hoy, la participación obligada en los desfiles ha cambiado. Ahora el ejército organiza el desfile junto con otras instituciones, especialmente con la autoridad distrital de educación (Área de Desarrollo Educativo). Ellos diseñan el calendario y designan los colegios que han de presentarse los domingos. Pero existe otro elemento surgido a partir del desarrollo de los desfiles y es la rivalidad entre colegios por los concursos. Año tras año la competencia se ha ido convirtiendo en algo tan reñido que los alumnos ahora dan más importancia a los desfiles que a los partidos de fútbol y, ni que decirlo, que al estudio.

Y, me pregunto, ¿por qué el desfile ahora y con tanta intensidad? ¿A qué se aspira y qué se expresa en esa aspiración? En todo esto hay mucho que es explícito, pero también hay cosas que son secretas y otras que nunca llegarán a conceptuarse. Es decir, conversando solo se puede llegar a conocer una parte.

Dicho esto, me intriga cómo el retorno del desfile se alimenta de la misma lógica implícita en la idea de la conquista del valle del Huallaga, a partir de la cual el presidente Fernando Belaúnde Terry —hace treinta y cinco años— vio en la construcción de una carretera longitudinal, el camino hacia el progreso.

La famosa Marginal: una gran idea o una gran cojudez, según con quién hables. Para el entonces Presidente era una «carretera para abrir tierras agrícolas» y en ese sentido el tramo abierto por el Huallaga fue sin duda el más importante: la promesa de crear una «canasta de alimentos» para todo el país y a la vez desviar la migración de las ciudades provincianas y costeñas. A estas alturas la preocupación del Estado ya era cómo canalizar el flujo de personas que iban abandonando las serranías. Y los problemas del Huallaga hasta hoy en día tienen que ver por completo con el flujo de esas y otras masas: masas visibles e invisibles, masas reales —es decir calculables— y masas fantasmales..., hasta los mil ojos que pasan de un bando a otro según quien esté arriba.

Para Belaúnde, la Marginal sería un camino civilizador que dominaría la selva para el progreso de la nación, de los negocios y hasta de la humanidad. Pero en el Huallaga, en vez de la civilización prometida, vino sobre la misma carretera una pesadilla vengadora de la naturaleza. Una naturaleza, esta vez viciada, que volvería con expresiones malignamente modernas: el narcotráfico y una insurgencia con la que no fue posible dialogar. Ambos chocaron con los agentes estatales, quienes eran o se volvieron corruptos en el camino. Los agentes —incitados, es cierto, por las grandes posibilidades de lucro que ofrecía el mercado de la droga— no obstante descubrieron su

de ser, enfrentando a esos transgresores de una Ley que siempre encuentra la quintaesencia de su vida en el acto que la mancilla.

El discurso de Belaúnde se basaba en una lógica muchas veces reciclada, la de la marcha teleológica de la historia nacional. Bajo esta, un pueblo solo podría avanzar en la medida que supiera dominar la selva en todas sus manifestaciones. En este sentido, el desfile de hoy y el proyecto de la carretera de antaño se nutren de la misma metáfora del progreso unitario. Esta sorprende por la fuerza que todavía ostenta para convencer o más bien adormecer la mente de las personas; esto, a pesar de los resultados tan penosos que ha tenido en los últimos años.

Apenas quince años después de trazados los primeros tramos de la Marginal, el Alto Huallaga se convirtió en tierra de nadie: así suele decir la gente que conozco allá cuando hablan de esa época. Sin embargo, hablar de una tierra de nadie no significa hablar de una tierra sin Estado. Estos no eran años sin Estado; por el contrario, había demasiado y con un rostro oscuro y violento. Estaban la PIP, los sinchis, la UMOPAR y después el ejército y la marina. Había mucho Estado, pero sin su expresión civil. En cambio..., los verdaderos momentos sin Estado (y su razón) son como rayos de luz que estallan repentinamente, sin aviso, e iluminan el paisaje con posibilidades inimaginables. Mas nunca falta el justiciero que aparece después con toda la fuerza del destino. Es como si no se soportara una situación sin Estado. Y si el Estado oficial pierde el deseo de hacer valer su Ley, en seguida vienen otros para imponer alguna justicia.

La época de la así llamada tierra de nadie fue una época en la cual muchas autoridades estaban en pugna. Y aunque duró poco tiempo —apenas diez años— lo que fue, en su realidad y en la imaginación, sigue ejerciendo una presión palpable sobre el presente. La presión la sientes, pero también la ves sobre todo en la preponderancia de lo que llamaré lo oficial. A lo largo de la Marginal casi todos los letreros son del ejército, de la policía y, ahora cada vez más, del Ministerio de la Presidencia. Mensajes sin rostro, sin imagen que se dirigen a uno con voz de mando:

«Identifíquese»

o

«Este es tu puente. Cuidalo»

Hay letreros de Sendero, también, aunque estos lucen algo cansados debajo de la capa de pintura blanca que ahora los tapa sin borrarlos por completo. Están presentes pero ignorados, como algo que se muere en el camino y poco a poco se deja devorar por el paisaje.

La preponderancia de lo oficial también se siente en el calendario público. En las fechas cívicas que siguen siendo momentos de tensión social: «mejor no viajar, pueden salir ellos». ¿Mero resabio del pasado o peligro actual? Nunca lo llegarás a saber, porque a pesar del peso de lo oficial muy poco se llega a confirmar. Es que los oficiales no oficializan cuando de los hechos se trata. Ha sido muy largo el tiempo en el que la información ha circulado por medio del rumor, del chisme y del secreto a voces. Y en los momentos de tensión lo más probable es que —por los gestos, por las miradas esquivas o por la pesadez misma del ambiente— solo logres sentir que algo está pasando.

richard kermaghan

Dijo una voz tajantemente militar: «¡Acá! Nosotros tratamos de impulsar el civismo, incentivar el amor a la bandera, a la tierra... Corregir el saludo, por ejemplo. El bastón de madera representa la espada del oficial. El estudiante ha de saludar e ir mirando a todas las autoridades. ¿El error de los profesores?: enseñar a los estudiantes a mirar el palo y no a las autoridades».

Y en un tono más bien dócil, un brigadier: «En este momento te pones nervioso. Nuestro pensamiento está concentrado en el cuerpo: las piernas, brazos rectos. En este momento se piensa hacer las cosas bien hechas».

Voz militar: «Acá ha habido una mala formación debido a la presencia del narcotráfico y la subversión. Esa generación ha sufrido, ha crecido con la violencia. Aquí había una economía ficticia... Antes no se efectuaban los izamientos. Pero ya hay participación. ¡Han hecho un rol! Sin embargo, persiste la desconfianza de la gente. A ellos todavía les falta amoldar».

Pienso mucho en estas palabras que me fueron dichas con naturalidad y soltura hace unos años por un oficial militar de carrera y por un alumno que también había llegado a ser oficial en su propia institución. Pienso en los nervios que da el saludar e ir mirando a la autoridad y el deseo ferviente de «hacer las cosas bien hechas». Pienso en el concepto de formación buena, mala, y la identidad que parece trazarse entre la formación corporal, «piernas, brazos rectos», la formación educativa y la formación moral.

¡Ojo! Ponerse en formación.

¡Ojo! La información.

¡Ojo! Educado entendido como buena formación moral.

Y también pienso —ante la secuela de esa historia de comercio de droga y violencia política que es propia del Alto Huallaga— en la gente supuestamente sin rumbo y en la necesidad de formarla que se impone ahora como una tarea moral.

Amoldar: para eso es el desfile desde el punto de vista estrictamente militar, una perspectiva que también comparte la escuela, donde se entienden los desfiles como una respuesta a la subversión. «Los militares nos persuaden de que participemos en los desfiles, una señal de que nosotros estamos por nuestra bandera y nuestra patria, de que estamos de acuerdo con los militares en lo que hacen para desterrar a los subversivos. Los profesores y estudiantes han aceptado hacer eso». De este modo habla un director de colegio.

Si bien los actos cívicos vienen a rescatar valores supuestamente perdidos, es evidente que los valores solo pueden rescatarse frente a una situación que ahora es pintada como de perdición, como ruina, ante una cierta imagen del pasado, un pasado de ideologías ajenas, de épocas en que «la población vivía del narcotráfico y ganaba plata de modo ficticio». Así me lo contó un alcalde:

Los jóvenes, caleteros, traqueteros, tuvieron altos niveles de ingreso. Dos a tres mil dólares al mes. Tenían su auto, sus dos chicas al lado. La cerveza la tomaban no por botella sino por caja. En la fiesta cada cual tenía sus cinco cajas. A las últimas horas de la noche el piso estaba regado con cerveza. No había qué hacer con la plata.

Si preguntas por el pasado, surge una y otra vez la figura de abundancia mal dirigida, la carencia de cálculo y de ahorro puritano. Como si la abundancia existiera para ser guardada, como si no se entendiera que no hay cosa más hermosa que aquellos momentos en que la regla es derrochar y derrochar a como dé lugar.

Hay que pensar... en esa economía ilícita que se distinguía por el gasto, puro gasto, puro festejo: cerveza, motores, mujeres y su contrapeso de miedo y muerte. Pensar... en esa economía de la coca, ahora ficticia pero antes tan concreta que hasta los bancos más importantes de Lima se apresuraron a abrir sucursales en los principales pueblos del Huallaga. Pensar... en los narcodólares que mantuvieron a flote la economía nacional y quizás al mismo Estado durante los momentos más críticos, y que lo hicieron... ¿cómo? ¿ficticiamente?

Acá se percibe un juego entre lo real y lo imaginario que hace prever la posibilidad de que la moralización del valle del Huallaga —buscando crear nuevos valores a través de los actos cívicos— tenga incluso consecuencias epistemológicas. (Y aquí quiero tener el cuidado de resaltar la diferencia entre los límites de lo que puede representarse y los límites de índole más aparentemente política que se imponen a lo que puede expresarse, sobre todo en una zona donde todavía rige el estado de emergencia). Son consecuencias que tiñen no solo las apreciaciones de lo que es bueno o malo, sino también de lo que es verdadero o falso, concreto o abstracto, razonable o irracional. Por lo tanto, la llamada moralización trae consigo un nuevo esquema de valores que afecta no solo la conciencia sino hasta la misma percepción humana.

«No había qué hacer con la plata». Ahora no hay plata y los que vuelven son los símbolos patrios y una buena dosis de realidad sentida muy concretamente como desaceleración y escasez. Es en esta situación, como a la mañana que sigue a una gran borrachera o desenfreno, cuando toma cuerpo la idea de que a la gente le hace falta amoldarse, y el desfile se presenta como el remedio más natural y eficaz para esa carencia.

Imagen de progreso

Ahora bien: quiero dar una mirada breve al desfile en sí mismo, dando prioridad a lo que expresa. La lógica intrínseca de marchar es ostentar o manifestar algo que en otras circunstancias no sería visible: sentimientos de orgullo y lealtades, pero además respeto y consideración a un orden superior. Esa lógica responde a algo que viene desde adentro, una cuestión del alma, de la vida interior, lo que uno siente o debe sentir. Visto desde afuera, el desfile tiene una fuerza representativa que no es solo abstracta sino también visceral; visceral en la medida que va marcando cuerpos. Cuerpos que marchan, cuerpos que solo se realizan al esforzarse por la perfección, pero una perfección estrictamente de forma. Y toda su energía va o debe ir en esa dirección: lograr una postura correcta y mantenerla marcialmente hasta pasar el estrado.

Vale la pena recalcar algunas cosas obvias: solo marchan las personas organizadas, es decir las que pertenecen a instituciones. Pero son los centros educativos los que se empeñan más en imitar la figura marcial: con sus

estandarotes, brigadieres, escoltas y batallones... y con el esmero que ponen en la marcha.

El uniforme escolar muestra que todos pertenecen a la misma unidad, expresa una igualdad entre sí frente a los que no pertenecen. El uniforme homogeneiza, pero dentro del grupo los distintivos de rango reiteran lo militar y el ejercicio de una jerarquía vertical. No quiere decir esto que haya una militarización de la educación, pero sí hay una emulación de la razón institucional, de la disciplina y el respeto a la autoridad como virtudes incuestionables.

El desfile cívico militar —esa acción de hacer marchar a la bandera bajo el visto (bueno) de las autoridades— expresa la exigencia de unificar (¿al país?) y dejar(lo) progresar. «Todavía somos un país subdesarrollado buscando la unión». El desfile tiene dirección, es un vector severo y determinado, no solo en lo que se refiere a la masa compacta que se desplaza en la pista frente a la tribuna sino también en cuanto al actuar de cada integrante. ¡Ojo! el movimiento de piernas y brazos: hacia adelante y hacia arriba, hacia el cielo y hacia el futuro; todos unidos y encaminados por la senda del progreso como único camino real, leal y auténtico.

¿Acaso no es una imagen feroz? El desfile que da forma al cuerpo disforme y desordenado. El cuerpo que aspira a una imagen de perfección a través de la marcha; marcha que requiere, más que destreza, rigidez, una rectitud extremada. «Marchar es la cosa más fácil que puede haber», dice el encargado de disciplina. Algunos pueden marchar mejor que otros, pero todos pueden y tienen la obligación de hacerlo. Si no marchas, desdeñas a la institución; eso queda sobreentendido.

¿No es acaso una imagen brutal? Masas dirigidas, decididas y sincronizadas como el trabajo de un reloj, dando pasos ante la mirada de la autoridad. Y todo para expresar acatamiento, para indicar que somos sujetos obedientes y útiles.

Pero frente a la imagen global, hacer desfilar a la bandera en el Alto Huallaga tiene fuerza, una fuerza afectiva que va mucho más allá de lo que podría aparentar ser su forma abstracta vista desde afuera. Tiene esa fuerza especialmente en los concursos escolares donde el desfile obtiene su intensidad máxima. Son competencias que suelen provocar llanto, tanto de alegría como de frustración, en las que vencedores y perdedores dicen por igual «lloré como un niño». Tanta emoción que se desborda por un esfuerzo formidable, meses de ensayo, de entrenamiento corporal, una disciplina nunca antes experimentada, y todo se concentra en un solo momento, cuando pasan delante de los jueces:

Escucha: «Nervios, nervios, nervios».

Escucha: «Si yo malogro, malogro a todos. Tengo que estar super-concentrada».

Escucha: «O sea ese es el momento más importante del desfile... Miras a la tribuna, tienes que mirar a todos... Y en este momento... la verdad es miedo. Tengo miedo más que todo a los militares, porque ellos saben de esas cosas y más, pueden observar en lo más mínimo».

Escucha: «Nervioso... porque yo soy el único que está mirando al estrado... tienes que hacerlo perfecto. Es una sensación de perfección».

Me parece que la fuerza afectiva que ahora tiene el desfile no está desligada de una transformación crítica: del desfile obligado por el ejército al desfile incorporado y reivindicado por la llamada ciudadanía local. Dicen que la gente lo hizo por obligación, pero ahora quieren hacerlo, lo han hecho suyo. Ahora hay orgullo de participar y sacar pecho por el colegio, por el pueblo, por la patria, por la familia y por la enamorada que me está mirando. Un cambio palpable —estoy tentado a decir— en la vida espiritual de un pueblo, pero ¿por qué retomar esta forma en particular? El desfile. ¿Por qué reivindicar esta manifestación y hacerla propia con tanta intensidad en esta zona tan alejada de Lima?

No tengo respuestas fáciles, pero sí hay un elemento que debe considerarse: frente a un pasado de desenfreno, la ausencia de una cultura moralmente capaz de eruirse ahora como la cultura local deja el campo libre a una cultura oficial. Y esta es la que el ejército y la escuela promueven activamente entre la gente hoy en día en el Huallaga.

Una pregunta conduce a otra. Si ahora nos es imposible pensar en la cultura sin administración, es decir la cultura como algo independiente del afán oficialista de organizar a la masa social; tampoco podemos concebir a la persona sin el Estado y las diversas formas en que este se acopla con aquella. ¿Dónde comienza y dónde termina la institución para la cual la gente —noción sumamente ambigua— marcha y aparentemente quiere marchar? Si no podemos precisar esta línea que tiene al Estado de un lado y a la gente del otro, ¿sería acaso totalmente paranoide pensar en que podría haber un contagio institucional que va más allá de las fronteras de la persona física hasta llegar al extremo de introducirse en los reflejos y en la materia misma del cuerpo? Así planteado, parece un salto, yo lo sé, pero si así fuera, ¿sería posible descubrir a la institución que se filtra por cada fibra, fluido y gesto de nuestros cuerpos? ¿La veríamos manifestarse en los detalles? ¿O en la reacción de la piel? ¿O en las masas que se acumulan sobre ella? ¿En las gotas, por ejemplo?

Gotas copiosas e insistentes, gotas que corren por el rostro y van infiltrándose en los ojos, decididas a picar y repicar. La camisa blanca se te va empapando. La jalas por detrás solo para que un instante después se te pegue nuevamente a la espalda. Te pasas la mano por la frente y luego por el cuello y la secas con tu falda. Dentro de poco lo volverás a hacer. Dirás que afuera «estaba hecho todo un horno».

Pero hoy día amaneció lloviendo. ¿Por qué lloras, Karina?

Y al pasar por el estrado ya sabías que habían ganado..., que habían perdido..., y las lágrimas, ¡cómo se liberaron! Mira cómo se desprenden de ti en masa y con tanta violencia, masas de alegría, de angustia, pero esta vez sin quemar.

El desfile guarda una relación muy íntima con esa especie de masa que es la multitud, una multitud cuyo elemento básico es el cuerpo individual. Podría decirse que el desfile es un tipo de máquina social que convoca a multitudes con el fin de canalizarlas. De este modo no solo representa sino que también trabaja en función de una imagen muy particular de la civilización: la transformación de un orden confuso de gente, de seres, de objetos violentos y amontonados en una masa coherente, de sujetos bien separados y definidos. ¡Juntos pero no revueltos!

¡Juntos pero no revueltos!

Sin embargo, si liberamos la noción de masa de la unidad mínima de la persona física, si hablamos, si vemos o si pensamos en cosas menos organizadas —gotas, de sudor, de lágrimas— la coherencia, la separación, ya no es tan clara.

Trazar la raya

El desfile tiene una arquitectura temporal, pero primero hay que preparar el espacio...

¡Comandante en la plaza! Un soldado parado en cada esquina, esgrimiendo un fusil, un cuerpo tenso mirando hacia adelante. Así se anuncia la presencia del Mayor. Reclutas veo de reojo, mientras voy caminando hacia el otro lado. Y al llegar, allí está, el más alto entre un grupo de cinco o seis, todos concentrados en una tarea a todas luces importante. Sigo mi camino cruzando la pista polvorienta hasta sentarme en un quiosco en la esquina. Pido una gaseosa y me pongo a mirar. A mirar al Mayor, hombre macizo de rostro serio, quien acompañado por dos regidores municipales preside una producción exageradamente solemne: el trazo de líneas frente a la tribuna por donde desfilarán los alumnos mañana. Dejo mi sol y voy al mercado para hacer no me acuerdo qué compras; cuando vuelvo a la Plaza ya no están ni el Mayor ni su comitiva. Solo veo un soldado raso con una ametralladora haciendo guardia sobre las líneas recién pintadas.

Preparar el espacio: trazar las rayas y protegerlas con la amenaza de muerte. Límite que advierte, límite que provoca hasta las últimas consecuencias... aunque casi nunca lleguemos tan lejos. El día del desfile estas líneas guiarán a los que marchan (una masa homogénea y cerrada) pero también formarán una zona vedada para la multitud (heterogénea y abierta) que observa desde afuera. La masa organizada atrae, crea una multitud entre los espectadores que desde el otro lado del fusil empujan para acercarse, para mejor ver.

Representando el contraste entre una multitud amontonada ante la amenaza de muerte y los cuadros bien formados de individuos uniformes, sincronizados, ordenados, se delinea un concepto del progreso.

Aunque también podría pensarse que el progreso no es tanto el paso de lo uno a lo otro, de lo disforme a lo formado, sino la presencia de ambos, de manera forzada y a la misma vez. El progreso sería entonces como una rutina o un teatro que se repite y se repite sin fin.

En tal caso, el progreso delineado por el desfile no nos llevará a ningún lado, o por lo menos a ningún lado bueno... para todos.

¿Y las gotas a flor de piel, las gotas de sudor, de lluvia, de trastorno? ¿Y todo lo demás que no tiene cómo filtrarse dentro de esa imagen de progreso pero sigue allí sin poder pensar ni organizarse? ¿Qué hacer con todo lo que logra no caber?

Vuelvo a preguntar: ¿por qué el desfile ahora y con tanta intensidad? ¿A qué se aspira y qué se expresa en esa aspiración? La respuesta... se la dejo a la gente, se la dejo al Estado, se la dejo a la Brigadier, se la dejo a usted.

Alguien que nunca pisó suelo peruano escribió una vez: «El concepto de progreso debe basarse en la idea de catástrofe. Que las cosas sigan así nomás es la catástrofe».

Estas palabras me hacen pensar: ¿no habrá otra manera de hacer patria si patria es lo que forzosamente tenemos que hacer?

Ser y no parecer, o de lo que nadie te va a hablar

A lo largo de la Carretera Marginal, desde Tingo María hasta Campanilla, hay cualquier cantidad de controles del ejército. En cada uno hay que bajarse, entrar a una caseta y presentar identificación. Siempre me han fascinado estos lugares; muchos se parecen más a un quiosco que a un puesto del Estado. En realidad, son espacios bien especiales donde no sabes qué puede suceder: desde un duro cuestionamiento hasta una lección amable de cívica. Y nunca sabes cómo va a ser. Pero hay algo que me llama la atención. Es una frase que se ve en muchos puestos del valle. Es una frase posiblemente común, pero no la había visto antes. «Ser y no parecer». «Ser y no parecer». Es curioso, porque guarda estrecha relación con el concepto que tengo del desfile, es decir, con la exigencia de desfilar, que es la conminación de hacer presencia, de manifestar quién eres. Dice el soldado: «Estamos en guerra. La orden es atacar». Pero para los demás: la orden es ser transparente, hacer presencia y mostrarse fiel. He aquí la lógica del interrogatorio: dime quién eres y todo lo que eres. Dime la verdad y toda la verdad... como si fuese posible hacer de la verdad algo pleno. ¿Hacer presencia? Se exige mejor hacer visible lo que no es visible jamás. Todo lo que está adentro, las simpatías y pensamientos de una persona o de una comunidad. Todo lo que sopla: el espíritu, el resuello, el viento.

Ser. No está mal hablar en términos meteorológicos. El desfile ahora sirve como un barómetro de la topografía moral del valle sobre todo de las zonas rurales, donde la comparecencia o no de un caserío para los actos cívicos sirve de indicador del tiempo social.

Parecer. Por todo lo que se exhibe y se tiene que exhibir, hay tantas cosas que sobreviven solapadamente y se dejan escuchar de cuando en cuando y solo en forma de murmullo:

El pueblo quería apartarse del Perú para formar otra república, vender al exterior y no pertenecer al Perú. Ya no son así, han cambiado. Han tenido que someterse.

Para el día del maestro nos han hecho marchar... si yo soy la agasajada... no hay por qué nos humille de esa manera.

La población, los alumnos se sienten obligados, pero no quieren hacer sus obligaciones... Es muy difícil para ellos volver a los actos cívicos, pero de eso nadie te va a hablar.

Nadie te va a hablar así, pero tampoco las cosas son tan claras. ¿Se marcha por honor o por obligación? ¿Puede distinguirse a estas alturas lo uno de lo otro? El consenso siempre se logra con algo de coerción, aunque el punto clave es saber si viene de adentro o de afuera. No se exterioriza una cosa para guardar otra. Siempre es más complicado, menos coherente. Todo se mezcla, se anuda y difícilmente se logra desatar.

Hay que pensar, sobre todo hay que pensar... en la necesidad de estas formas cívicas. En su necesidad moral. Los pueblos del Alto Huallaga quieren y necesitan mostrarse no solo leales sino también listos a romper con «el

pasado», imagen que no se despinta fácilmente. Hoy un colegio del valle puede viajar a Huánuco para concursar en el desfile y, sin falta, alguien en la multitud dirá: «allí van los futuros terroristas y narcotraficantes». El pasado tal como se maneja ahora difícilmente se desvanecerá... por más que marche la bandera o por más que se haga levantar las piernas.

Richard Kemaghan